

# DIALOGOS INTIMOS CON CUATRO PERSONAJES

## CONVERSACIONES DE MARINO GOMEZ SANTOS CON MARAÑÓN, AZORIN, CELA Y DOMINGO ORTEGA

### DE LA CHARLA A LA BIOGRAFIA



HUBO una habitación por pequeña casi celda. Hubo un paseo en jardín abierto. Dos transparentes ginebras.

Tal y como se me viene a punta de pluma. Marino Gómez Santos se convierte en paradoja. Esa de la rendida reverencia y la palabra fuerte, sonora—taco y terno—con la que apoya de vez en cuando la frase rotunda. Y la otra. la de su juventud y madurez.

Marino, antítesis de Peter Pan, es el niño que quiso crecer. El hombre que se desligaba de los de su edad, ya en la adolescencia, para agarrar por los cuernos el toro de otra generación que se nos iba.

Para contarle hay que decir las horas que pasó entre esos hombres llegados tras la generación del 70, sobre las cosas de Alberto Insúa y Hernández Catá. Los Pérez de Ayala, Azorín, Baroja y Marañón. Y también los Sánchez Mazas—sobre todo él—, González Ruano, Luís Calvo.

De las charlas y la amistad de un joven de veintipocos años con cuatro generaciones anteriores, nacieron los «Diálogos españoles». Más que entrevistas, charlas íntimas: Marañón, Azorín, Cela, Domingo Ortega.

Grandes y pequeños diálogos en este quinto libro de Gómez

santos. Para el periodista que mejor conoce los silencios de Azorín las cosas han venido pasando más o menos así.

Ya decimos que hubo primero una habitación.

#### AZORIN Y LA ETIQUETA

Era la suya. La del escritor.

Cuatro paredes escuetas. Cama, mesa, flexo. Una gruesa tranca de Coria, que anduvo por Extremadura, sobre la que González Ruano escribió cosas hoy borradas y que empezaban:

*Contra la vida y escoria este garrote de Coria...*

Marino ha sido rotundo:

—Mi generación no me interesa

—Mal comparado, su generación es la mía.

—Nuestra generación está empeñada en hacer «literatura de miserabilismo», que dicen los franceses. Van en contra del «estilo noble» por miedo a caer en la novela rosa... Bueno el «Metro», el suburbio, el vino peleón, todo eso es más viejo que el mundo. Ya lo hicieron Solana y Baroja

—Amigos:

—La generación anterior al 36. Yo he ido a los que me pueden enseñar.

Marañón, Cela, Azorín, Pérez

de Ayala o Domingo Ortega. Antes de las entrevistas, antes del libro «Diálogos españoles», Marino Gómez Santos era ya el amigo, más que el discípulo, que acude tardes enteras a uno o a otro.

—Me interesaron de siempre mucho más estos hombres que los de mi edad.

—Las entrevistas.

—A veces han durado una tarde o una noche entera para volver al día siguiente... Y así ocho días seguidos.

Aunque Marino sea mucho más que el periodista que cumple una semana con su oficio, sea realmente el íntimo de estos personajes. El discípulo, mejor, ya que literariamente ha querido ser formado por ellos.

A la hora de hacer la entrevista sabía mucho más lo que cualquier otro hubiera podido averiguar en seis u ocho escuetas conversaciones.

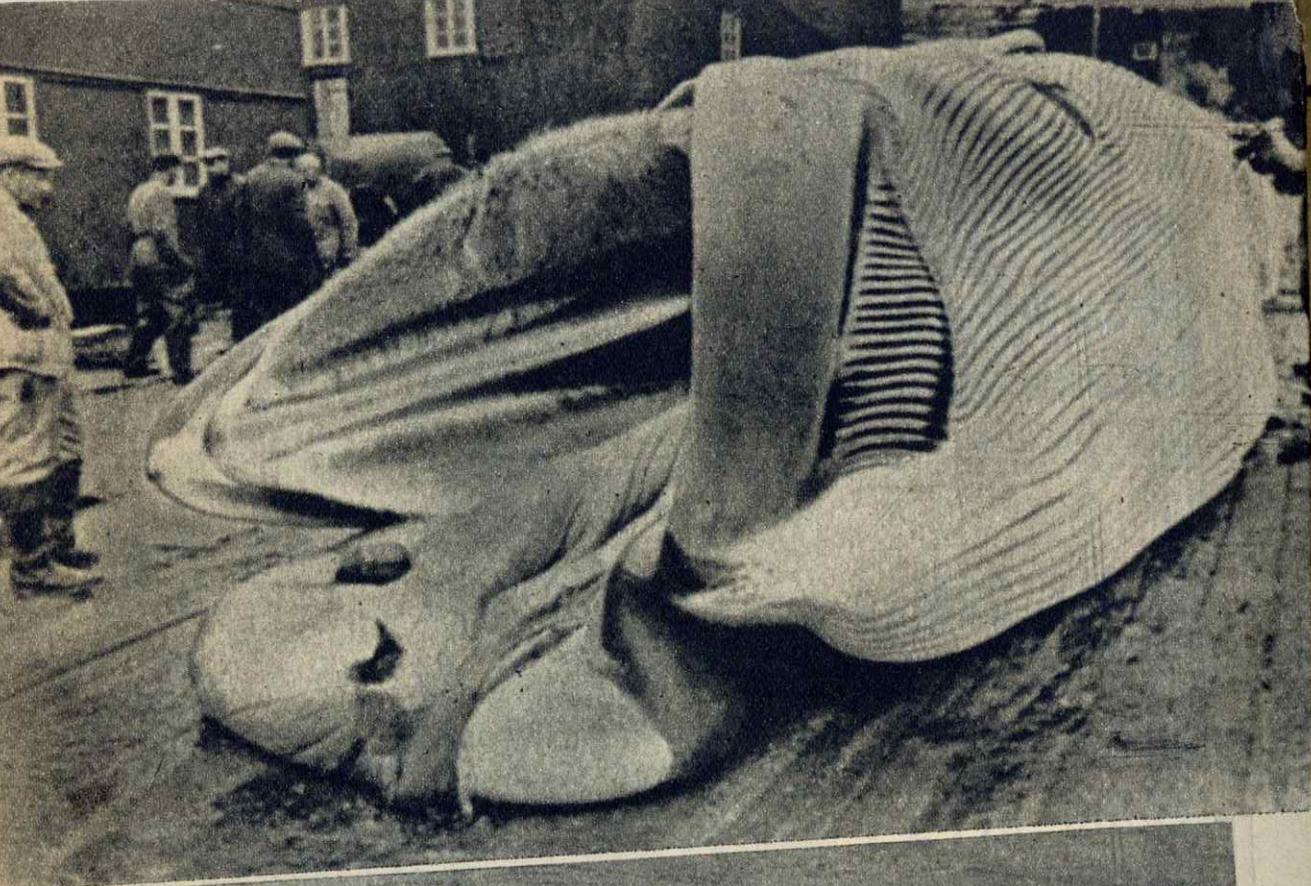
—Dicen que es difícil entrevistar a Azorín.

—No, no es difícil. Se habla de lo que él quiere.

Hay un párrafo curioso en el libro de Marino. Gómez Santos hace una pregunta. Algo sobre los pueblos de Castilla creo recordar. Azorín levanta el dedo con parsimonia y pronuncia:

—Hablemos de la etiqueta.

Marino, naturalmente, se sobre-



La caza de la ballena (arriba) y la pesca de las marsopas, industria típica de las islas

no hayan tomado parte y hasta los turistas pueden resultar beneficiados.  
La pesca de la ballena es una explotación comercial dirigida por una estación ballenera que emplea pequeños vapores armados de cañones arponeros. En las Islas Feroe se pescan sobre todo ballenópteros, cachalotes y ballenas azules. En la estación se despedaza la carne y se extrae el aceite. De los huesos y otros desperdicios se fabrican harinas de forraje y abono.

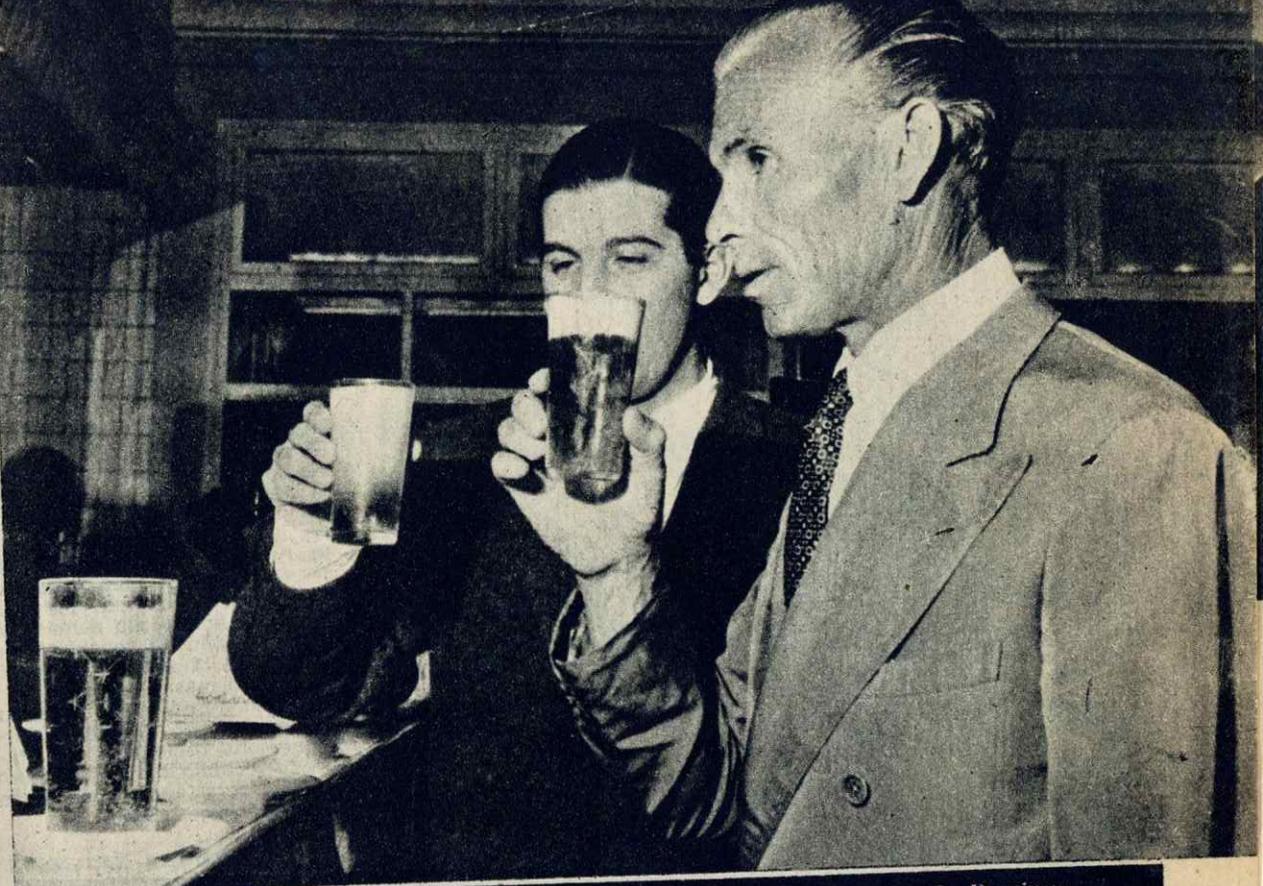
**EL «BOUR» Y EL «HAGI» PERSONAJES DE LA AGRICULTURA**

Antiguamente la agricultura y la cría de ganado lanar eran las más importantes fuentes económicas, mientras que la pesca y la caza de aves eran oficios secundarios. Ahora está la pesca en pri-

mer lugar, siendo los productos de agricultura y cría sólo para consumo nacional.  
El cultivo del trigo, antes tan considerable, ya no existe por ser la mano de obra más útil y beneficiosa en la pesca, y a causa de esto es necesario importarlo.  
Desde hace mucho tiempo se hace distinción entre el «bour» (cortijo) que está cultivado y el «hagi» (campo alejado), que es una tierra inculta donde pastan los ganados ovino, vacuno y equino. En el «bour» se cultiva sobre todo pasto para forraje de invierno. La cría del ganado vacuno es de proporciones tan modestas que apenas cubre el consumo nacional de leche.  
La cría de ovinos es la parte más importante de la agricultura. Normalmente consta la cabaña nacional de 70.000 cabezas, de las que se sacrifican unas 40.000 al año. La carne y gran parte de la

lana se usan para el consumo local, utilizándose el resto de esta última para la fabricación y exportación de artículos de punto y tejidos.  
La industria feroense está todavía en sus principios, pero se está desarrollando una muy importante a base de productos de pescado y de ballena. Los astilleros se ocupan casi exclusivamente de la reparación y conservación de la flota pesquera.  
Hay explotación minera en la isla situada más al Sur, llamada Suduroy, donde existen considerables yacimientos de carbón.  
Estas son, así, las Islas Feroe, dieciocho islas del Atlántico Norte, cuya población descende de los vikingos; una población también que ha ganado una primera copa en la Feria de Muestras de Barcelona.

José M.<sup>a</sup> DELEYTO  
Pág. 27.—EL ESPAÑOL



Marino Gómez fué a Borox con Ortega para ver la trata del agua de Domingo

salta un poco. Cree no haber entendido bien. Pregunta:  
—¿Cómo dice, Azorín?  
Y Azorín repite inmutable:  
—Hablemos de la etiqueta.  
Marino sonríe al recuerdo.  
—Como ves, no es difícil. Seguimos hablando de la etiqueta.

**IR PARA BIOGRAFO**

Dos sillas, papeles, libros. Marino, alto hace al sentarse juegos de largos ángulos con las piernas.  
El silencio y la penumbra de la habitación le pertenecen. Como algo dócil y femenino.  
Fué aquel muchacho asturiano que llegó a Madrid hace seis años. Le recuerdo de las tertulias del Gijón, del paso apresurado por las Redacciones.  
—Tenía entonces veintiún años y hasta esa edad viví en Oviedo. En Oviedo había estado buscando precisamente salir de Oviedo.  
El eterno exilio de la provincia. Y luego del exilio eso de volver gustoso de vez en cuando.  
La voz de Marino se ha hecho con el silencio de la habitación. Ese silencio que me parece a mí que le conoce de verle por aquí escribiendo, leyendo. Que si cama y que si mesa.  
Marino Gómez Santos tenía, a los dieciséis años, sus tertulias de café. Ocurría que Marino Gómez Santos prefería, sin remedio, los contertulios de cincuenta años. Se sentaba entonces, como en una gran traición que él no sentía, en el corro del rector de la Universidad de Oviedo, del decano de la Facultad de Letras, don Juan Uría, entre críticos de pintura, críticos de música, escritores más o menos ve-



Con el escritor Camilo José Cela, en Mallorca



«El único hombre elegante de verdad que he conocido es Pérez de Ayala»



Aquí trabaja G. Santos y de aquí han salido las biografías

tustos y algún que otro honrado empleado de la Diputación o del Ayuntamiento. Marino además leía la «Historia de los heterodoxos españoles», de Menéndez y Pelayo, y la alternaba con Jovellanos.

—Iba yo para biógrafo. Asistía mucho al teatro y a las bibliotecas: la de la Universidad, la particular de don Fermín Canellas Secades, antiguo rector de la Universidad.

Más:  
—De todo aquello nació mi primer libro: un ensayo sobre Leopoldo Alas «Clarín», que la Diputación solicitó para ser publicado en el Instituto de Estudios Asturianos. El doctor Plácido Buyla, discípulo de Marañón, le

envió el libro, y a los pocos meses yo tenía el prólogo, un prólogo espléndido, para él. Llegaban los veinte años.

#### EL ENGAÑO DE LA ESPERA

Y creció la impaciencia. La provincia adquiere un aire conventual de recinto cerrado. Con dos clases de muros que saltar, los que de verdad existen y los que crea la propia necesidad de huir, que son los más altos.  
—Para entonces yo encontraba la vida de provincia desastrosa. Al rebelarme contra la provincia me ocurría lo que a mi misma edad a otros escritores que vivieron en Oviedo.

Una pausa de sinceridad:  
—Luego me ha pasado también lo mismo que les pasó a ellos: que he querido volver.  
Recién llegado ahora de Oviedo recuerda su provincia de hace seis años.  
—Se imponía como un dique. A aquel primer libro sobre «Clarín» le tocó pasar por muchas peripecias, y hasta que llegó a las librerías atravesó por todos los azares imaginables.

—¿La provincia?  
—Sí. Las viejas glorias locales consideraban que yo era joven y debía de esperar.

Pregunto:  
—¿Hay que esperar?  
—No. Es un como viejo truco para engañar a la juventud. La vida literaria se parece a una carrera de bicicletas: el que más corra es el que primero llega.

El truco: que la juventud espere. Que den un plazo más para que se realicen aún los más viejos. Que no crezcan demasiado de prisa, creando la conciencia de que es tarde. Y siempre se pedirá un plazo más. Otro más.  
«Acostúmbrase usted a pensar que todo en esta vida llega tarde», me solía decir don Juan Pujol. «Yo cuando tenía sueño, no tenía cama, y ahora que tengo cama no tengo sueño.»

#### LA PRIMERA ENTREVISTA A CELA

Marino, muchacho no quiso esperar. A Marino Gómez Santos, cuando vino a Madrid, le hicieron una foto con boina y un periódico debajo del brazo, que me parece que es el «A B C». Una foto en la que mira a lo lejos en un paisaje de árboles que puede sea el Retiro.

A Marino Gómez Santos, luego le hicieron muchas fotos más, porque a las pocas semanas ya empezaban las tertulias, las comidas, las entrevistas, el trabajo. En la foto de la boina, tiene un aire adolescente. De repente uno se da cuenta de lo tremendo que es tener una seria adolescencia.

Entre las fotos de tertulia sale a relucir una en la que está con Zunzunegui. En el corro, Luis de Castresana y Castillo Puche y Torrente Ballester. Hasta seis o siete. Corresponde a su época «Café Gijón».

—De Oviedo llegué a Madrid como un literato del siglo XIX, en un tren, con una maleta de ilusiones y una estilográfica.

La maleta de las ilusiones la recogió Juan Antonio Cabezas, que le esperaba en la estación. Cabezas fué quien le presentó a González Ruano, y entre los dos le llevaron al Gijón. Marino dice que ni sabía dónde estaba la calle de Alcalá.

Aquí, la compra de la boina. Y empieza a escribir, metido de lleno en el mundillo literario, su «Crónica del Café Gijón».

—Cosa curiosa: precisamente el primer artículo que publicó fué en «Pueblo», una entrevista con Camilo José Cela. No le gustó nada.

Marino defendió el derecho a la impertinencia con los que antes han sido impertinentes.

—A los que han llegado les toca aguantar. Y acordarse de que



Esta foto corresponde a su época del Café Gijón. Ahora M. G. Santos no va a las tertulias

a ellos también les tuvieron que soportar los que habían llegado cuando ellos empezaban. Camilo había sido impertinente con Azorín. Yo me permití ser impertinente con Camilo.

#### DE TOLEDO A PALMA

Para esta última entrevista con Cela, Gómez Santos estuvo ocho días en Palma de Mallorca.

El novelista le contaba cosas de su infancia a su manera y le enseñaba fotos en las que aparecía vestido de marinero. Noches y tardes enteras o casi enteras.

Cela cuenta cómo las amigas de su madre decían que a él, de pequeño, daba gusto verle, y cómo a él le daba menos gusto verlas a ellas.

—¿Qué representa para ti Cela?

Ya no hay habitación, sino aire libre. Retiro que recorrer. Escaleras del monumento a Alfonso XII, en las que charlamos.

—Que lo saque en consecuencia quien lea el libro.

—¿Definirías a alguien?

—No.

Antes de ir a Palma de Mallorca, Marino entrevistaba a Marañón. Tardes en el Cigarral de Toledo, al otro lado del Tajó. Contemplando un Toledo de grabado.

—Marañón es el entrevistado ideal. A pesar de sus múltiples ocupaciones, es hombre que no ha dejado nunca de enviarme su tarjeta de felicitación tras un trabajo publicado.

Asídeo de la casa y la mesa de don Gregorio, Marino tuvo que ir al hospital cuando de libro se trataba.

Y hay en esta entrevista un pasaje dramático, donde se cuenta el atropello de un ciclista. Marino se confiesa a sí mismo cobarde, en beneficio de los médicos de la Humanidad.

—Esto es muy sincero, Marino. Sonríe.

—No todos lo hubieran confesado. Más sonrisas. Hasta que confiesa:

—Es mentira... Truco literario. No hubo ciclista atropellado.

En cambio, hubo admiración de

verdad por los médicos como don Gregorio.

—Cuando cayó enfermo venía de salvar por enésima vez a González Ruano, enfermo en Cuenca.

El mismo Marino, el gran APREN-SI-VO, se sintió morir alguna noche.

—Tan mal me encontraba que mandé llamar a Marañón. Don Gregorio entró en el cuarto poco después: «¿Qué ocurre? ¿Qué le pasa a usted? ¡Vaya!, no tiene usted nada de nada.» Curé con oírle, con verle aparecer en el cuarto. Y no desfiguró nada.

#### EL HOMBRE QUE ENVIA VIOLETAS

Marino Gómez Santos es el entrevistador que gusta de intimar con sus personajes de carne y hueso. No se queda en la cáscara fría de la media hora intrascendente.

Vueltas del Retiro, me va contando:

—Fué Emilio Romero quien me sacó del marasmo erudito, para darme la visión periodística, el sentido de la actualidad, a través de conversaciones. Conversaciones que ha sostenido con muchos, con todos y para todos; pero que unos han sabido aprovechar, y otros, no.

Tiene gestos sobrios. Rasgos infantiles, que no concuerdan con esos grandes amigos: Sánchez Mazas, Pérez de Ayala, Baroja.

—Baroja. A Baroja, por ejemplo, creo que Cela y yo fuimos los únicos en saber aprovechar. Y, sin embargo, mucha gente pasó por su casa.

De Pérez de Ayala también aprendió muchas cosas.

—Además de su estilo literario, me llamó siempre la atención su elegancia. La gente solía decir que Ortega era elegante. A mí me parecía un pequeño burgués. El único hombre elegante de verdad que he conocido es Pérez de Ayala. Ortega sólo llevaba «tweed» mal cortado.

—¿Además?

—Creo que él sabe la manera de beber un whisky. O un buen vino francés. Y no hay quien sepa beber como él.

—Siempre amigo de los entrevistados...

—No. Siempre interesado por

esos hombres tremendos que se nos pueden escapar cualquier día.

—Y que puede ser una mujer...  
—Sí. Raquel Meller, por ejemplo.

Marino Gómez Santos fué—ya lo saben todos—a Barcelona para entrevistar a Raquel Meller. La inefable cupletista recibía todos los días un pequeño «bouquet» de violetas de su entrevistador. Todas las noches, tardes, un Marino galante devolvía a su ambiente de luz el bibelot cansado de la Meller.

Restaurante. Humo. Pero nunca mesa de café.

El, que fué a Borox con Domingo Ortega para relatarnos la treta del agua de Domingo y cómo ya canta para la seca tierra de antaño, sus primeros éxitos, sus fracasos aquí, en Madrid. Empresa Dominguín convencido. El, digo, no es un hombre de café.

#### DOS GINEBRAS

Y, por último, como dije, dos ginebras transparentes.

Marino Gómez Santos me mira, y dice cosas importantes. En tandas. Sobre todo esto del café y la literatura.

Yo casi no hablo, porque esto de entrevistar es como tirar de un cordón, que si es de seda sale solo.

—Marino, ¿qué hay que hacer?  
—Trabajar como un arquitecto alemán.

—Con horas de entrada y salida...

—Mira; escribir es como ganar notarias. Poco más o menos. Hay que trabajar como trabaja un opositor a Registros. Cuanto más estudias te das cuenta de que tienes que estudiar mucho más. Los jóvenes literatos creen que no hay que estudiar, ni leer el «Quijote», y que Pérez de Ayala no importa.

En la habitación, entre el montón de fotografías: Marino Gómez Santos con Azorín, Marino Gómez Santos con Marañón, con Baroja, con Cela en Palma de Mallorca. Sobre la mesilla de noche, un libro de Pérez de Ayala dedicado «con amistad y afecto» a Marino.

María Jesús ECHEVARRIA